

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 22 de Febrero de 1892.

Año LI.—Núm. 7.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castellido.—Explicación de los grabados.—Crónicas de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Luz de redención (continuación), por la Condesa de Campoblanco.—Predestinación, por D. Inés B.—La Escarola, por Luciano de Burgos.—Explicación del figurin iluminado.—Correspondencia particular, por doña Adela P.—Suelos.—Solución al jeroglífico del núm. 2.—Jeroglífico.—Anuncios.

GRABADOS.—1. Sombrero Enrique II.—2. Delantal para niñas de 11 á 13 años.—3 y 4. Tapete para mesita.—5 y 6. Almohadón.—7 á 9. Cabeceira (bordado dinamarcés).—11. Lazo de muselina de seda.—12 y 13. Enagras de *sarab*.—15. Camiseta-blusa.—16. Traje de recepción.—17. Traje de gimnasia para jóvenes.—18 y 10. Corpiño con adorno de pasamanería.—19. Peto de *sarab* y guipur de Irlanda.—20 y 23. Traje de baile.—21 y 22. Traje de convite.—24 y 14. Corpiño de terciopelo con adornos de pasamanería.—25. Traje para niños de 8 á 10 años.—26 y 27. Vestido para niños de 2 á 3 años.—28 y 30 á 32. Abrigo de viaje con esclavina.—29 y 33 á 35. Abrigo de lluvia con esclavina y capucha.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Exceso de lujo.—Alfileres y otras joyas.—Refinamiento en la ropa blanca.—Un átomo interior.—Los vestidos de palo.—Chaquetas y esclavinas.—Un traje de estilo.—Las chaquetillas de azabache.—Teatro del Vaudeville: *La Famille Pont-Sinet*.—Trajes de las actrices.—Los corsés de amazona.—Lo que son las novedades de París.—Nuevo sistema de calefacción.

Lo lujo en las alhajas no había llegado nunca al grado de desarrollo que alcanza en nuestros días. Las jóvenes solteras ostentan hoy perlas y diamantes, ni más ni menos que las señoras casadas.

Lo que domina son los alfileres de todos géneros que se clavan en los corpiños, para sujetar una banda ó un fichú, para fijar un pliegue. Otros alfileres, muy distintos de los primeros, adornan el peinado: unos, de concha, enriquecidos de diamantes ó de piedras de color, van plantados en los cabellos; otros, montados sobre oro, y de una riqueza mayor todavía, adornan los sombreros. Se ven algunas perlas, de tamaño muy grueso, en forma de peras, montadas del mismo modo, para adornar también los sombreros.

Respecto á las sortijas, no se sabe dónde parará el lujo, por lo que hace á la belleza y á la cantidad. Piedras rodadas de brillantes, anillos de raso, todo está permitido, y las señoritas llevan ahora más alhajas que llevaba en otro tiempo una señora casada, aun de las más elegantes.

Las prendas interiores son también objeto, como ya he dicho, de un esmero particular. Una señora joven me escribía hace poco tiempo para preguntarme cómo debía componer su *toilette* interior; porque, según decía, su marido se burlaba de ella, diciéndole que se vestía como una colegiala.

De los corsés de drill, nadie ó casi nadie habla ya. Todo el mundo ha adoptado el corsé de raso, de piel de seda, de brocado, de moaré, ó el cómodo corsé de batista para el verano.

En diferentes ocasiones he hablado de los preciosos modelos de camisas y pantalones que ahora se usan, y nuestro periódico publica á menudo los dibujos más á la moda de esta clase de prendas. Uno de los modelos más nuevos y originales en este género es el modelo *Pierrot*, que se compone de una simple guarnición de nansuk bordado de dientes largos, los cuales van recortados á su vez en dientes pequeños, todo ello festoneado de blanco ó de color. Esta guar-

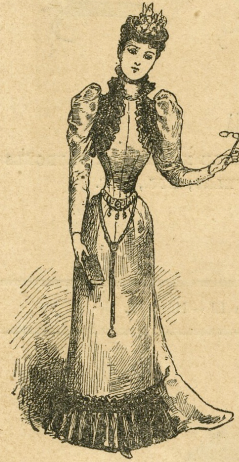


I.—Sombrero Enrique II.

dibujo 7.

nición va montada con bastante vuelo; una tira de nansuk forma jareta por el revés y sostiene el vuelo, y una cinta de color pasa por esta jareta y forma un lazo. Se hacen de este modo la camisa de vestir, el pantalón y la camisa de dormir, lo que forma una especie de «terno» muy lindo, si bien de una sencillez suma.

Continúan llevándose los vestidos de paño. Lo más distinguido es la falda guarnecida por abajo con una escala de pespunte. Un falso de tela fuerte sostiene estos pespunte, y hace que la falda se extienda con mucha elegancia. Un simple vestido de paño, hecho de este modo, adquiere desde luego un aire de notable distinción, y basta con un adorno insignificante en el cuerpo para hacer de un vestido sencillo



Núm. 1.

modesto un traje de vestir. El adorno del cuerpo consiste, por lo regular, en una gola de guipur ó un peto de terciopelo de un color á la moda.

Citaré en este estilo un vestido de paño beige, enteramente liso, con pespunte en el borde inferior. Corpiño cruzado, abrochado en la izquierda y adornado con una gola de punto de Venecia, apuntado con una escarpela de cinta en el lado izquierdo.

Otro, de paño azul porcelana, iba guarnecido de un peto de terciopelo color de «gallo montés», lindo color á la moda, de un rojo particular.

Las confecciones favoritas de las elegantes continúan siendo la chaqueta larga y la esclavina.

Se ve alguna que otra levita, pero casi exclusivamente para carruaje ó para salir de noche.

La chaqueta, que es tan cómoda y sienta tan bien, se hace de mil modos, algunos de ellos de un gran lujo: se la cubre de bordados, de seda y cuentas de azabache sobre terciopelo liso ó cincelado.

Pero lo que es más elegante todavía, si bien no tan fácil de llevar, es la esclavina. Mucho menos larga que el año pasado, menos alta de hombros, se compone este invierno de tres esclavinas, una de las cuales llega hasta media falda, y las otras dos pasan apenas de los hombros. Pocos canesús, sino



Núm. 2.

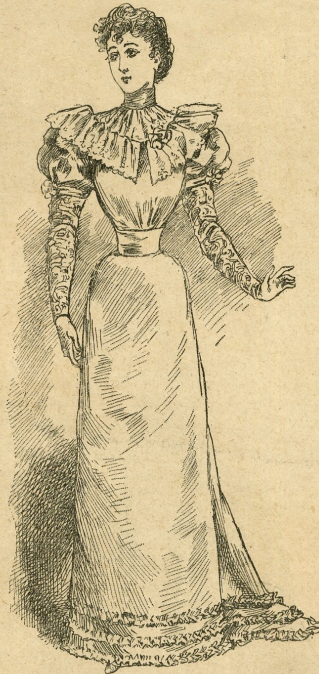
más bien una tira estrecha de piel en torno de cada esclavina.

Lo que es también muy lindo es una estola de piel de cabra negra de Mongolia, que forma cuello detrás, por encima de las esclavinas de paño, y cae por delante á lo largo del abrigo.



Núm. 3.

Vi días pasados un precioso vestido de estilo (croquis número 1), y que recomiendo á mis lectoras. Es de paño color de anémónas rosadas, y va guarnecido en su borde inferior, sólo por delante, de un volante de terciopelo del mismo color, pero de matiz más obscuro. El vestido es de forma Princesa, y va abrochado debajo del brazo izquierdo. Un cinturón de azabache rodea la cintura, y cae por delante á la Catalina de Médicis. Como adorno de corpiño, una chaqueta enteramente bordada de azabache sobre terciopelo.



Núm. 4.

Estas chaquetillas constituyen una encantadora novedad. Se las pone sobre cualquier vestido, y cambian inmediatamente su aspecto. Como se ve, no tienen mangas, y algunas veces van abiertas en la espalda, lo mismo que por delante; se las fija simplemente con un alfiler cerca del cuello. Se las hace de azabache ó de terciopelo negro bordado, y añaden una elegancia particular á nuestros vestidos largos, que se hacen tan ceñidos y que se prefieren hoy en este momento á todas las guarniciones de los años anteriores.

Se llevan igualmente adornos de cintas de color, que se disponen en forma de tirantes, de tres colores distintos, for-

mando escarpelas en los hombros y en la cintura. Se eligen colores que armonicen con el vestido, y el efecto es de los más felices.

Los teatros siguen ofreciendo al público parisiense algunas obras nuevas, entre las cuales se distingue *La Famille Pont-Biquet*, comedia en tres actos, estrenada últimamente en el Vaudeville, que ha sido un verdadero triunfo para este teatro, afortunado de algún tiempo á esta parte. Me ocuparé, como de costumbre, de los trajes de las actrices.



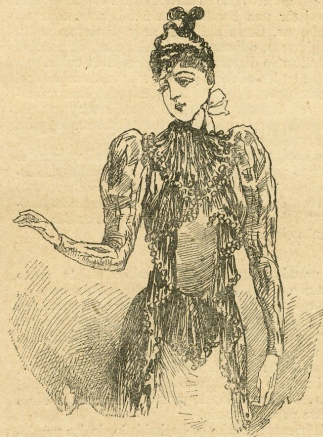
Núm. 5.

Primer acto.—Mlle. Ferial (croquis núm. 2). Traje de seda listada color de rosa, con cuerpo-frac de solapas, guarnecido de botones gruesos de cuero y de un peto de muselina de seda color de rosa.

Mlle. Nory (croquis núm. 3). Traje de piel de seda color de malva, bordado de flores de colores y guarnecido de volantes de tul negro. Berta plegada de tul.

Mlle. Dea Diudonné (croquis núm. 4). Vestido de lana azul pálido, guarnecido de tres rizados de raso blanco en el borde de la falda. Canesú y berta de encaje con escarpela de raso. Manga formada de un bullonado de lana y de un encaje. Cinturón de cinta de raso blanco.

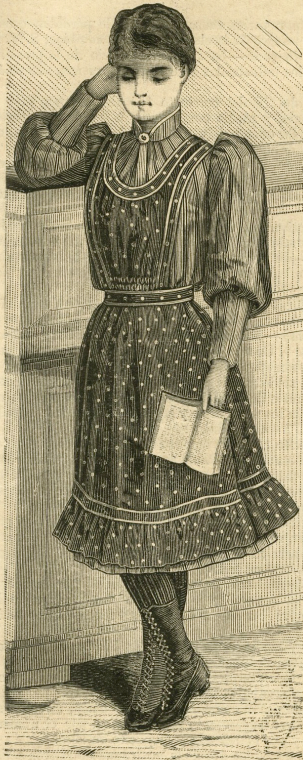
Acto segundo.—Mlle. M. Caron (croquis núm. 5). Vestido de terciopelo «dalia», guarnecido de un corselillo y de una tira de azabache, y forrado completamente de raso azul pálido.



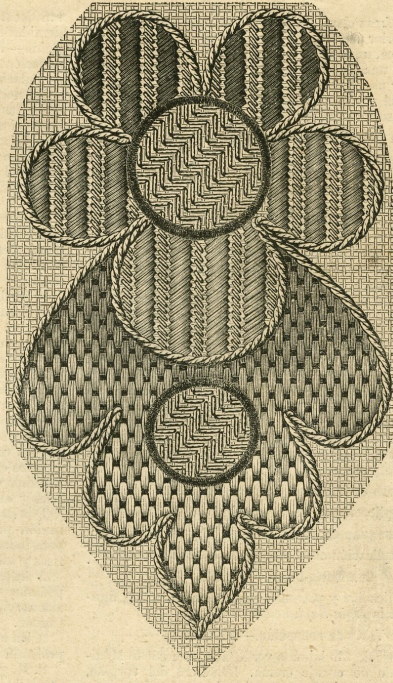
Núm. 6.

lido. Manteleta del mismo color, guarnecida de una esclavina doble de encaje.—*Toques* de tejido de oro, con banda plegada de terciopelo y lazos de cinta de raso azul pálido.

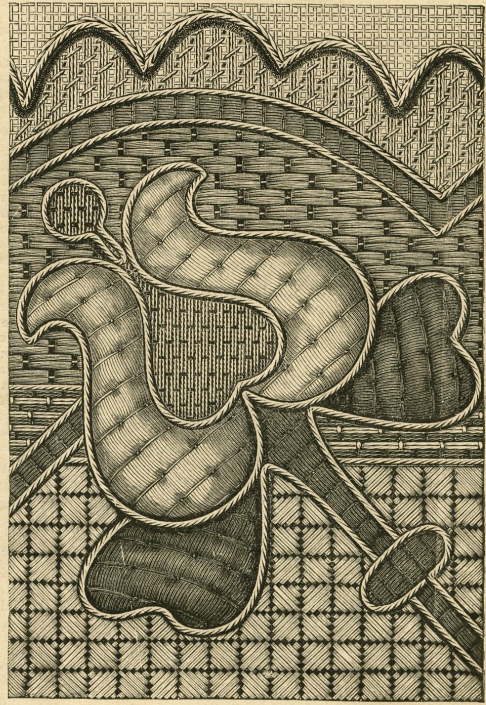
Acto tercero.—Mme. Grassot (croquis núm. 6). Levita de brocado mordorado, adornada con felpilla del mismo color y abierta sobre una falda y un peto de raso liso mordorado.



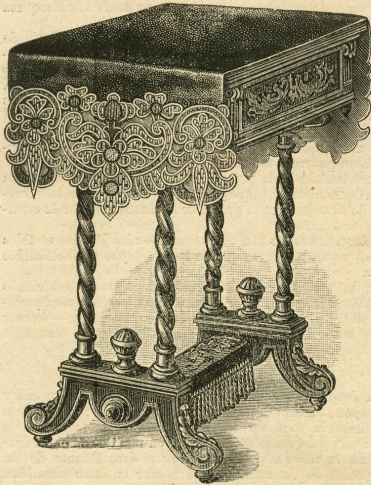
2. - Delantal para niñas de 11 á 13 años.
Explíc. y pat., núm. IX, figs. 52 y 53 de la
Hoja-Suplemento.



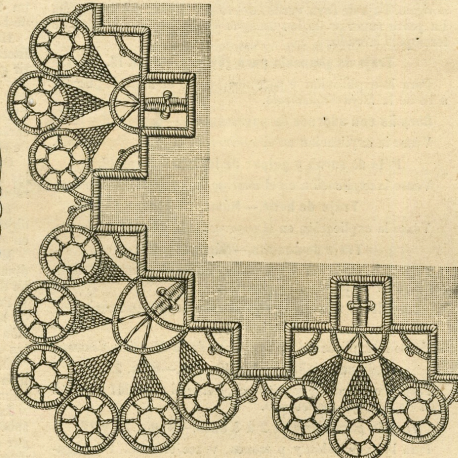
4. - Bordado del tapete para mesita. Véase el dibujo 3.



6. - Bordado del almohadón. Véase el dibujo 5.



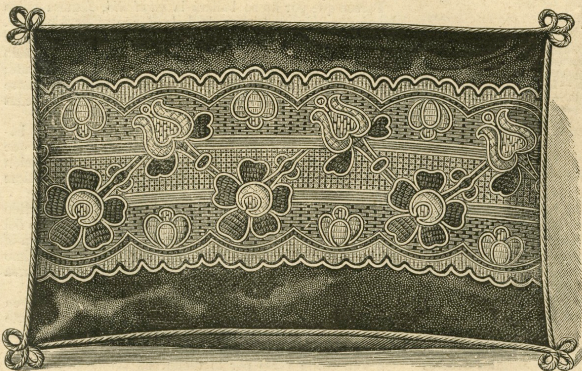
3. - Tapete para mesita.
Véase el dibujo 4.



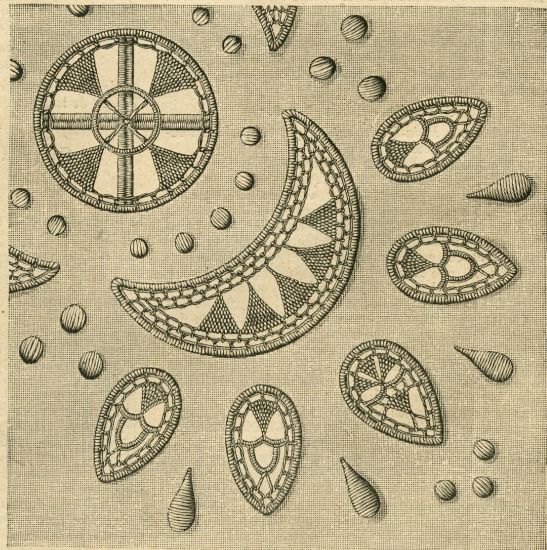
8. - Cenefa de la cabecera. Véase el dibujo 7.



7. - Cabecera (bordado dinamarqués).
Véanse los dibujos 8 y 9.



5. - Almohadón. Véase el dibujo 6.



9. - Bordado dinamarqués (cabecera). Véase el dibujo 7.

—Capota de terciopelo negro con rostrillo blanco. Eridas de cinta blanca.

Con el traje de montar, el corsé amazona es indispensable. Un corsé ordinario ofrecerá varios inconvenientes: dificultaría los movimientos y podría lastimar debajo de los brazos, y sobre todo en las caderas. Por otra parte, ya he hecho observar en otras ocasiones que una señora que se preocupa verdaderamente de su elegancia debe tener un corsé particular para cada fase de su *toilette*.

Para confeccionar á la perfección un corsé amazona, hay pocas corseteras en París como Mme. Léoty, quien ha introducido en este género de confección todo el arte y toda la habilidad que le han valido su reputación bien merecida. El corsé de amazona es un poco más corto que el corsé ordinario. Las caderas de caoutchouc se prestan á todas las inflexiones que imprime el movimiento del caballo, con lo cual el cansancio se halla considerablemente disminuido. No es necesario añadir que el corte de este corsé es irreprochable, y que Mme. Léoty, 8, plaza de la Madeleine, no necesita estampar su nombre para que todas las señoras lo reconozcan á primera vista.

Diálogo en una tienda de novedades:

—¿Con que dice usted que esa tela es de última moda?
—Sí, señora; es todo lo más nuevo que hay.
—¿Y está usted seguro que el color no se alterará?
—¡Oh, no, señora! yo lo garantizo. Y la prueba es que esa pieza está hace tres años en el escaparate, y ya ve usted que el color conserva toda su brillantez.

En un vagón del ferrocarril de P. L. M. un viajero novicio preguntaba por qué introducían bajo los pies de los viajeros esos tubos largos un poco aplastados y llenos de agua fría.

—Caballero—contestó otro más práctico—los viajeros apoyan los pies sobre esos recipientes y calientan el agua sin notarlos. A la llegada, el agua está casi hirviendo, y la compañía realiza de este modo una economía de combustible.

V. DE CASTELLIDO.

París, 16 de Febrero de 1892.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Sombrero Enrique II.—Núm. 1.

Sombrero redondo con ala de fieltro mordorado y fondo flexible de terciopelo del mismo color, rodeado de un galón de oro. Al pie del galón va un torzal de cinta color crema, y por detrás un lazo de la misma cinta, de donde salen unas bridas de cinta igual. Por encima, *poif* de plumas color mordorado.

Delantal para niñas de 11 á 13 años.—Núm. 2.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 52 y 53 de la *Hoja-Suplemento*.

Tapete para mesita.—Núms. 3 y 4.

La fig. 26 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Este tapete, que es de felpa de color, va guarnecido en la extremidad de cada uno de los lados transversales de una cenefa calada ejecutada al punto llano y forrada de seda color de rosa antiguo, cuya cenefa se aplica sobre el fondo de felpa. El bordado, cuyo dibujo va representado por la fig. 26, con la indicación de los colores (el matiz más obscuro de cada color va marcado con un 1), se ejecuta sobre lienzo Colbert con sedas de diferentes colores al punto llano contrariándose (cada punto va hecho sobre 4 hebras de altura) y con torzal de oro fino (véase el dibujo 4, que representa parte del bordado). Se rodean los dibujos con torzal de oro de felpilla fina del mismo color de las flores. Los demás dibujos van rodeados de torzal grueso de oro. Se hacen después en torno de la cenefa y de los dibujos, junto al torzal de oro, unos puntos de cordoncillo hechos con seda crema. Se recorta el fondo que sobresale, así como el fondo libre entre los dibujos, y se forra la cenefa de seda, después de lo cual se la fija al tapete.

Almohadón.—Núms. 5 y 6.

La fig. 54 de la *Hoja-Suplemento* al presente número corresponde á este objeto.

Este almohadón, que tiene 60 centímetros de largo por 36 de ancho, va cubierto de una cenefa bordada cuyos lados largos dentados van puestos sobre una tira de felpa de color obscuro. El revés del almohadón va cubierto de la misma felpa. Se le rodea de un cordón grueso de seda dispuesto en las esquinas en varias presillas. El bordado se ejecuta sobre lienzo Colbert, con seda, torzal de oro y felpilla y con arreglo á la fig. 54, que representa el dibujo é indica los colores. El matiz más obscuro de cada color va marcado con el número 1. Las flores grandes se ejecutan, después de haberlas rellenado de algodón, con seda gris piedra, y las florecillas con seda color de rosa crema y rosa pálido, de bordado Renacimiento. Se extiende la seda en filas apretadas, después de haberlas rellenado de algodón, y se ponen sobre estas hebras, á intervalos de medio centímetro, unas hebras aisladas, las cuales van fijadas con puntos transversales hechos con seda. Los puntos planos de las flores van bordados con torzal de oro fino, y los dibujos van rodeados de torzal más grueso. Se ejecutan del mismo modo que las flores, con seda bronceada, los dibujos al sesgo que forman unos tallos, así como las curvas estrechas del borde exterior. Para la parte del centro del fondo se ejecutan unos dibujos pequeños cuadrados, al sesgo, con seda color reseda. Se bordan las hileras que rodean estos dibujos con seda bronceada ó hilos de oro. Se ejecuta el fondo con puntos planos hechos en sentido contrario, cada punto sobre 6 hebras de anchura, con

seda color de fresa clara. Se hace el fondo de los dientes en el borde exterior de la cenefa con torzal de oro; se cose, para los dientes, un torzal más grueso, y en el borde interior de este torzal una felpilla marrón obscuro. Se hacen en el borde exterior unos puntos de cordoncillo con seda amarilla, y se recorta el fondo que sobresale, después de lo cual se fija la cenefa sobre el almohadón.

Cabecera (bordado dinamarqués).—Núms. 7 á 9.

Esta cabecera, que tiene 65 centímetros en cuadro, va hecha de lienzo de grueso mediano, y adornada con dibujos de ángulos calados y con una cenefa bordada igual. Se pasa á la tela (véase el dibujo 9), para los adornos de las esquinas, el contorno exterior de los dibujos calados, así como los de las conchas y de los bordados al pasado prolongado. Para la cenefa se pasa el dibujo de los festones dentados que ribetea la tela (véase el dibujo 8). Estos últimos se ejecutan con algodón blanco, así como las conchas y los dibujos prolongados. En los adornos de las esquinas se recorta el fondo por el interior de la cenefa festoneada y se fija bajo los adornos de las esquinas un hule, sobre el cual se pasa el dibujo de los adornos calados. Se rellenan éstos con puntos de festón; pero se hacen antes las barretas que se cruzan, para las cuales se tiende seis veces la hebra, yendo y viniendo, y se le borda al punto de zurcido. Después de haber recortado el fondo de la tela que sobresale, se borda la cenefa del mismo modo, pero se hacen para las ruedecitas unos puntos largos á guisa de hebras de sostén, á las cuales se unen las hebras tendidas, yendo y viniendo. Se recortan estas hebras por el revés del hule, recortando la labor.

Lazo de muselina de seda.—Núm. 11.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Enaguas de surah.—Núms. 12 y 13.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Camisolin-blusa.—Núm. 15.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figuras 49 á 51 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de recepción.—Núm. 16.

Vestido de terciopelo labrado verde tallo, con cuello Médici, guarnecido de encaje crema. Delantero del corpiño, mangas, aldetas y cola de raso color de rosa antiguo, con adornos de azabache. Lazo de corpiño de raso color de rosa antiguo. Faja de faya verde, del mismo matiz del terciopelo. La parte superior de las mangas va hecha de cuchillos de terciopelo labrado.

Traje de gimnasia para jóvenes.—Núm. 17.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 7 á 14 de la *Hoja-Suplemento*.

Corpiño con adornos de pasamanería.—Núms. 18 y 10.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Peto de surah y guipur de Irlanda.—Núm. 19.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de baile.—Núms. 20 y 23.

Véase la explicación en el *anverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de convite.—Núms. 21 y 22.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 27 á 37 de la *Hoja-Suplemento*.

Corpiño de terciopelo con adorno de pasamanería.

Núms. 24 y 14.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 8 á 10 años.—Núm. 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 15 á 21 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niños de 2 á 3 años.—Núms. 26 y 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 22 á 25 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de viaje con esclavina.—Núms. 28 y 30 á 32.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 6 de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de lluvia con esclavina y capucha.

Núms. 29 y 33 á 35.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 38 á 48 de la *Hoja-Suplemento*.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

La recepción en el Real Palacio.—Su magnificencia y su pompa.—Los concurrentes.—Otra fiesta brillante.—En casa de la Marquesa de Squilache.—Pequeñas reuniones.—Vespertinas y nocturnas.—El *bal costumé* de la Duquesa de Plasencia.—La *quadrille* de la Marquesa de Alcañices.—Un baile aplazado.—LOS TEATROS.—*El magno en Otello*.—*L'Éclair d'amour*.—*I pescatori di perle*.—*Crispino el le comare*.—*Cavalleria rusticana*.—En el ESPAÑOL. *La Puente y el vado*.—En LARA, *La Santa Francisca*.—En la COMEDIA, *Felipe Derblay*.

BOR fin se ha efectuado en la presente temporada de Carnaval una fiesta brillante, magnífica y espléndida; por fin las damas han sacado de sus estuches las coronas de perlas, los aderezos de esmeraldas, las ricas pulseras de diamantes que reservan para las grandes ocasiones—es decir, para los grandes sarao;—al cabo han podido lucir las galas que trajeron de París el otoño último, ó las que Worth y Félix—los dos *ilustres* sastres de aquella capital—les enviaron en los comienzos del invierno.

S. M. la Reina, cuya existencia sencilla, modesta, casi obscura, es admirada de todos, cumpliendo los altos deberes de su posición, ha querido reanimar el comercio madrileño,

tan decaydo por varias causas, víctima de pérdidas considerables con motivo de la elevación de los cambios; S. M. la Reina—iba diciendo—ha acudido al alivio de la presente situación de los industriales celebrando numerosa recepción en Palacio.

La noche del 15 del corriente fué elegida para ella, y desde las nueve y media comenzaron á llenarse las Reales habitaciones de cuanto hay en Madrid de más ilustre, de más famoso, de más bello.

Allí acudieron en masa la Grandeza española, los individuos del Parlamento—senadores como diputados—académicos y literatos, jóvenes elegantes y diplomáticos extranjeros.

La perspectiva que ofrecía el Regio alcázar era verdaderamente deslumbradora, iluminado á giorno, lleno—materialmente lleno—de perfumadas flores, ostentando la pompa y el fausto propios y peculiares de la corte de nuestros Monarcas.

S. M. la Reina Regente, acompañada de la infanta doña Isabel, salió de sus habitaciones particulares á las nueve y media en punto—hora de la cita—siendo saludada en primer lugar por el Cuerpo diplomático extranjero, que aguardaba allí con semejante fin.

Largo rato se detuvo la augusta señora conversando con los representantes de las potencias, siéndole presentados en aquella ocasión los secretarios y agregados que han llegado recientemente á esta capital.

Después la Real familia se puso en movimiento para recorrer las varias estancias, donde se agolpaban los convidados. Estos eran más de cinco mil, ostentando la mayoría de los hombres vistosos y variados uniformes, y las damas trajes ricos y suntuosos, cual correspondía á las circunstancias.

Dos horas invirtieron la Reina y la Infanta en su peregrinación por entre aquella multitud aristocrática, teniendo para todos y para cada una palabras afectuosas, afables sonrisas y saludos expresivos.

A su paso invitaban á las personas que habían de acompañarles en la cena, siendo éstas los funcionarios de la alta servidumbre, las damas de S. M., y los Ministros de la Corona.

A las once y media se sentaron todos á la mesa, y apenas probaron algunos manjares, por ser hora tan temprana. S. M. y A. se retiraron en seguida, despidiéndose con su amabilidad característica de los que les rodeaban.

Entonces abrióse el comedor para los demás, sirviéndose un banquete verdaderamente espléndido, por el número de los platos y por lo delicado y exquisito de ellos.

Hasta después de las dos de la madrugada pudieron satisfacer los concurrentes su apetito ó su gula, llevando al partir gratas impresiones de la vista y del estómago.

Dos noches antes se había verificado otra reunión, de igual carácter y de análogas proporciones, en casa de la Marquesa de Squilache.

Ocupa la noble señora gran parte del antiguo Palacio de los Duques de Villahermosa, adornado con lujo sólo comparable á su buen gusto.

Tapices de gran mérito, cuadros de inestimable precio, objetos curiosos y raros se hallan admirablemente colocados en aquel verdadero museo artístico.

Merced á la luz eléctrica y á más de mil bujías, todos podían contemplar detenidamente tan preciosa colección, digna de un poderoso monarca.

Pero hacíales ruda y temible competencia otra colección de bellezas naturales, que atraían las miradas por la expresión de sus ojos, por la gracia de su fisonomía, por la esbeltez de sus tallos.

Ostentaban todas magníficas presas; las jóvenes vestidas ligeras y vaporosas; las que no lo son, joyas de inestimable valor.

La dueña de la casa, enteramente de negro, pero luciendo soberbios brillantes, no se daba punto de reposo para probar cuidados y atenciones á sus amigos, los cuales—á pesar de no haber habido baile—no abandonaron la encantada mansión hasta cerca del amanecer.

La Duquesa de Béjar ha recibido un lunes por la noche y se propone hacerlo dos más antes del Carnaval; la Duquesa de Plasencia dará un *bal costumé* la segunda noche de Carnaval; y así como Sardou cantó en una de sus obras dramáticas la *santa musulina*, la ilustre descendiente de los Marqueses de Camarasa quiere honrar la *santa percalina*, pidiendo á las señoras que la empleen únicamente en sus disfraces.

Creo, sin embargo, que muchas no la obedecerán, ostentando en aquéllas la seda soberbia y aun el lujoso terciopelo.

Parece que por fin se bailará la *quadrille*, famosas antes de ser conocida, en la morada de la Marquesa de Alcañices.

Una enfermedad de la anciana madre de ésta, residente en Florencia ha mucho tiempo, hizo temer un resultado funesto, en consideración á la avanzada edad de la doliente; pero su robusta naturaleza ha triunfado del mal, y la ilustre dama pasea ya por las orillas del Arno y por las alamedas de los *Cascine*.

Así, han vuelto á reanudarse los ensayos del baile; háblase nuevamente de los trajes de las preciosas jóvenes que forman la comparsa; renunciando de este modo la animación y la alegría entre las doce ó catorce parejas aristocráticas que la constituyen.

Entretanto las recepciones vespertinas se han convertido en bulliciosas *santetas*: se baila los lunes en el estudio del egregio pintor D. Federico de Madrazo; los viernes en el cuarto bajo de la señora de Dotres, donde hubo el último un precioso cofillón, y los sábados en casa de la Marquesa viuda de Valdeiglesias.

Los señores de Salvany habían invitado para un baile en la noche del 19; pero una desgracia de familia—la muerte de un tío—ha hecho aplazar la función, que se celebrará en cuanto transcurran los nueve días de rigor.

Según puede verse por lo dicho, en las postrimerias el Carnaval de 1892 ofrece algo de su carácter propio: si no

hay grandes saraos, abundan las pequeñas reuniones, las deliciosas *sauteries* en que reinan el abandono y la confianza.

LUZ DE REDENCIÓN.

Continuación.



ANCHA, Pancha! —decía Luz.— ¡Que me haces mal!... ¡Que me das miedo!... ¡Yo se lo diré a mi mamá!

—¿A tu mamá? Mi ama Clara no es madre tuya, ¿oyes? No tienes derecho de llamarla así... y ahora menos, porque tiene una hija... de verdad... ¿Habráse visto la ambiciosa mendiga, la miserable inclusera? Pues qué, ¿no te acuerdas ya del asilo de caridad donde has vivido hasta que te adoptó mi ama?

Y llegando al paroxismo de la cólera, continuaba sacudiendo rudemente a Luz, no obstante los gritos de dolor que exhalaba la inocente niña, quien se desplomó pesadamente, sin conocimiento, livida, como un yerto cadáver.

¿Sintió la mulata remordimientos por su crueldad, ó temores de ser despedida por su ama? Ello es que, después de un instante de estupor, levantó a la niña, echóla en su propio lecho, y la mojó las sienes con agua fresca...

Luz recobró el conocimiento, abrió los ojos, y tal espanto expresó su semblante al fijar la mirada en el rostro de Pancha, que ésta, comprendiendo entonces la gravedad del suceso, arrojóse ante la niña y la habló con inusitada dulzura.

—Vamos, señorita Luz, ¿por qué tiene usted miedo de mí? No soy mala, no, sino que tengo un genio muy vivo, y no he podido oír sin incomodarme que usted habría de ponerse los diamantes de la señora... Y ¿cuidado con que diga usted estas cosas a mi ama! Porque me reñiría, y entonces... ¡ah! ¡no quiero pensarlo!... Vaya, se acabó... ¿A ver los brazos? ¡Pues sí no tiene usted ni sombra de cardenales, ni siquiera señal de mis dedos! ¡Bueno, bueno! Voy a destapar un frasco de mermelada de guayaba... ¡el rico dulce de mi tierra!... Pruébelo usted, señorita Luz.

Y, en efecto, puso delante de la niña una comopetera, un platillo y una cucharilla de plata; pero Luz rehusó tomar el dulce a pesar de las reiteradas instancias de la mulata.

Al contrario, haciendo un violento esfuerzo, pasándose la diminuta mano por la frente para limpiarse el sudor, temblorosa, balbuciente, preguntó a Pancha:

—¿Pero es verdad lo que me has dicho? ¿Es verdad que ella no es mi mamá, y que la niña traída de París no es mi hermanita?

La mulata no contestó, y miróla otra vez con dureza: á pesar del espanto que producía en ella el temor de que Luz contase á Clara lo ocurrido, sus celos eran tan vivos y terribles como antes.

—¡Ea! ¡No piense usted en lo que he dicho en un momento de cólera!

—¿Pero no me dice usted la verdad?... Tendré que preguntárselo á... á D.^a Clara... ó á papá—insistió Luz con voz de pena.

Pancha hizo ademán de asir otra vez por el brazo á la niña, y ésta se refugió en la cabecera del lecho, recostándose en la pared.

—Si dice usted una sola palabra de esas cosas á mi ama ó á su marido, ni siquiera á Clara—exclamó la mulata con salvaje violencia—todos los diablos negros de mi país vendrán á buscarla una noche, y se la llevarán entre las uñas!... ¡Cuidado con ello!

Y al ver los ojos de la niña dilatados por el espanto, invitóla dulcemente á bajar de la cama y á pasar al comedor para cenar.

—No, no—contestó Luz;—no puedo cenar ahora... tengo mucho miedo...

—¿Quiere usted acostarse y tomar en la cama una taza de leche caliente?

—Sí, eso es.

Y bajando del lecho, dió una mano trémula á Pancha, quien la condujo á su alcoba y la desnudó y acostó sin hablarla.

Mas cuando la mulata se retiraba, Luz la rogó tímidamente que encendiese una lamparilla.

—¡Pues bueno sería!—respondió Pancha con su habitual dureza.—Las niñas tan crecidas como usted no necesitan lamparilla para dormir.

Y salió del cuarto, dejando á obscuras á la pobre niña, cuyo corazón acababa de recibir tan cruel herida, y por cuya mente vagaba la terrible idea de los diablos negros del país de su verdugo...

XV.

El tiempo, con las emociones diversas y profundas que produce en los miseros mortales, no pudo borrar de la memoria de Luz el recuerdo de aquella tremenda noche, el recuerdo de la desolación y el terror que invadieron su espíritu cuando la propia Pancha dejóla abandonada á lúgubres pensamientos en su alcoba obscura y solitaria.

El amor que su inocente corazón sentía por Clara, amor de hija cariñosa y agradecida, había sido arrancado por una sola palabra de la mulata. ¡No era hija de Clara! ¡no tenía ningún derecho á amarla como se ama á una madre!

Más todavía: la pobre niña pensó en que amándola así, robaba ese amor á su hermanita... á la niña que habían traído de París.

Y ella recordaba confusamente haber oído hablar de hijas que no concordan á su madre; porque un día, paseando con la señora de Nestosa por la Castellana, había visto pasar una doble hilera de niñas, pobremente vestidas con falda azul y mantilla blanca, y guiadas por dos ó tres hermanas de la Caridad; y de pronto, estrechándola Clara en sus brazos, la había dicho con viva emoción:

—Luz mía, dá gracias á Dios por no ser como esas niñas, que no tienen madre.

Pero entonces, ¿por qué Clara la llamaba hija suya, y la profesaba tan dulce ternura, y la rodeaba de tantos cuidados y aun halagos?

Y de repente un rayo de luz brilló en su memoria: acordóse también de que un día, jugando con sus amiguitas en el jardín del hotel, y sosteniendo una infantil disputa, quería ir á quejarse á su mamá, y aquella amiguita, inconscientemente cruel, repitiendo tal vez alguna frase que había oído en su casa, exclamó:

—Doña Clara no es tu mamá!

¿Luego era verdad? ¿Pues cómo estaba en la casa de los señores de Nestosa?

Y aun á esto la dió contestación otro esfuerzo de su memoria, extrañamente sobrecitada por los sucesos: recordaba cierto libro de estampas que había hojeado un día, explicándosele otra amiga; había allí la historia de una niña abandonada, desde que la encontró una señora caritativa en un asilo de beneficencia, en una casa de caridad, hasta que se vió en elegante morada, con ricos vestidos y una bolsita de monedas de plata, dando limosna, al lado de su madre adoptiva, á los pobres que la imploraban socorro.

¿Era ella la huérfana del libro de estampas? ¡Ah! ¡No podía dudarlo! Pancha la había llamado mendiga, y la habló también de casa de caridad y del ruin traje que entonces vestía, semejante al de las niñas que vió pasar por la Castellana con las hermanas de la Caridad.

Estos pensamientos la humillaban profundamente, es cierto; pero tal humillación no igualaba á la inmensa pena, á la desolación íntima que sentía, cada vez más amarga, con la idea de que no tenía madre, y de que aquel hermoso *bebé* á quien había besado con tanto cariño, no era su hermanita...

Muchos días presentábase en su mente la sospecha de que Pancha había mentido, y un movimiento impetuoso la llevaba hasta Clara y Luciano, y á veces también hasta Charo, para pedirles la solución de aquel horrible enigma; mas al punto la detenían las amenazas aterradoras de la mulata, el fantasma de los diablos negros...

Sí todos los habitantes del lujoso hotel no hubiesen estado preocupados con el acontecimiento que llenaba de alegría á Clara y Luciano, el natalicio de su hija, es seguro que se habrían apercebido del cambio que se operó desde entonces en el genio y las costumbres de la pobre Luz; y aun la misma Clara no logró observar la creciente reserva y la tristeza profunda de la niña.

Sin embargo, Luciano, más observador que su mujer, fué el primero que adquirió una impresión extraña de los sucesos. Clara se había levantado una mañana, y tenía en sus rodillas á la niña pequeña, mientras Pancha, arrojado el cuarto, arrojábase á cada instante enfrente de la madre y del *bebé*, prodigándole frases cariñosas: Clara pretendía haber visto sonreír por vez primera á su hija, y la mulata espiaba una nueva sonrisa del ángelito.

Pero Luciano, que leía un periódico y guardaba silencio, fijó de pronto su investigadora mirada en Luz, que estaba algo lejos, medio hundida en una butaca, y dijo en voz baja á su mujer:

—Mira, Clara, á Luz. ¿Te parece que está triste?

—¡Bah! Está admirando á su hermanita, ¿no es verdad, Luz?—contestó en alta voz la señora de Nestosa, dirigiendo una sonrisa á la niña.

Luz, al oír la palabra *hermanita*, se puso muy pálida.

—¿Pues la admira desde lejos!—respondió Luciano.—¿Estará enferma esa niña? Come poco, está delgada y muy pálida, no tiene ganas de jugar...

—Ven acá, querida mía—dijo Clara.—¿Quieres mucho á tu hermanita?

—¡Oh, sí! ¡Mucho!—respondió Luz con exaltación. Y aunque el sufrimiento la hacía palidecer y vacilar, acercóse al *bebé* y le besó fuertemente en las mejillas.

—¿Has observado que Luz está triste, Pancha?—preguntó Clara, mirando fijamente á la niña.

—¡No, señora, no!—contestó la mulata.—Pero... tal vez estará enojada por no salir con la señora... y como no vienen ya sus amiguitas... ¿Por qué no ponerla en un colegio, señora?

—¿Qué dices? ¿Podría yo separar de mí á esta querida niña? De ninguna manera: sería una ingratitude apartarla de mí lado, ahora que ya no la necesito...

Las últimas palabras de Clara, inconscientemente crueles, hicieron sonreír de alegría á la maligna Pancha.

—Dime, Luz, ¿tienes alguna pena?

—No, mamá, no—respondió en voz débil la niña.

—Pues es menester que te muestres alegre, como antes, querida mía... ¿No estás contenta de tener una hermanita? Verás, verás qué pronto jugarás con ella, y te amaré mucho... ¿Estarás enferma?

—No, mamá.

—¿Pero tienes algo que te cause tristeza?

Y Luz, al levantar la mirada hacia Clara, vió detrás de ésta los ojos centelleantes de la mulata, que la miraron con fiereza, y vió también que Pancha se llevaba las manos á la frente, y simulaba dos cuernos doblando los dedos...

—No, mamá, no—repitió la niña palideciendo más aún.

—Bueno... Pues á ver cómo te pones alegre, y corre mucho, y eres cariñosa... Escucha, Pancha: llévala á paseo por la Castellana, y haz que juegue con sus amiguitas.

Salieron Luz y Pancha, y en seguida Luciano, doblando el periódico, dijo con grave acento:

—Repito, querida Clara, que Luz no es la misma desde el nacimiento de nuestra hija... No estoy, en verdad, en situación de comprender la causa, ni mucho menos de decidir si es una sencilla coincidencia, ó si hay relación entre una cosa y otra: lo indudable es, sin embargo, que Luz está enferma y triste... Obsérvala, y procura averiguar si existe una causa física que engendre en su ánimo tanta tristeza, ó si alguna conmoción moral, sea la que fuere, la ocasiona el abatimiento que se revela en su semblante.

—Pero, Luciano, por Dios, ¿cómo quieres que Luz, en su edad casi infantil, conozca las penas morales, y singularmente las que pueden ocasionar alguna enfermedad? Cuando venga el médico, se le presentará... Tal vez un poco de anemia...

En efecto, al día siguiente, en la hora de la visita del doctor, fué llamada Luz al gabinete de Clara. ¡Ay! Pancha estaba allí también, al lado de su ama...

Como en el presente mes «se cierran las relaciones» según rezan los almanagues, son muchas las bodas realizadas ya ó que se efectuarán durante el resto del mes de Febrero.

Ya se han unido con vínculos sagrados los de Castelló y el Sr. D. Luis Silveira, cuarto de los hijos del antiguo Ministro de la Corona y Embajador en París; hoy por la mañana han recibido la bendición nupcial en el hotel de los Duques de Abrantes la hija de éstos D.^a Laura de Carvajal y el Sr. Labayen, en presencia de un corto número de parientes y amigos de ambas familias, los cuales han sido luego obsequiados con opiparso almuerzo; en fin, el 26 se casará en Sevilla D. Alejandro de Castro, hijo del difunto ex ministro, con su sobrina carnal la señorita de Romero.

De varias bodas próximas á celebrarse he dado cuenta en otra ocasión.

En el teatro Real se ha verificado también un notable acontecimiento: la presentación del *gran* tenor Tamagno.

Y le llamo *grande* por su estatura y por sus facultades, que son verdaderamente prodigiosas.

La última composición de Verdi, *Otello*, había obtenido el año anterior y el actual—cantando el papel de protagonista el tenor Duroi—un éxito honroso, pero tibio: ha sido necesario que venga Tamagno á interpretar la parte del *Moro de Venecia* para que la frialdad del auditorio se trueque en entusiasmo; para que á cada momento suenen aplausos entusiastas, y después de cada pieza se repitan calorosos ovaciones.

Tamagno caracteriza el tipo ideal por Shakespeare con vigor, con energía, con fiereza incomparables.

Momentos hay en que el espectador se siente poseído de espanto ante las pasiones desbordadas de aquel hombre salvaje; en que le conmueven y le aterrorizan á la par sus ímpetus de ira y de desesperación.

Al lado del insigne artista parece haberse crecido también la Tetrázzini, que dice y canta su papel con singular dulzura y sentimiento.

El barítono Tabuyo no descompona el cuadro, y la orquesta y los coros contribuyen poderosamente al conjunto.

Peró después de dejarse oír tres veces en el *spartito* de Verdi, Tamagno se ha sentido cansado, y ha ido á tomar las aguas de Albama, que años atrás le fueron tan provechosas.

Durante su ausencia se ha vuelto á poner en escena *L'Elisir d'Amore*, á beneficio del ilustre bajo cómico Baldelli, á quien secundaban la Paccini, De Lucia y Scotti.

Para todos ha habido aplausos innumerables, recibiendo Baldelli toda clase de muestras de cariño del público, con multitud de regalos de sus amigos y admiradores.

En seguida se dió una representación de *I Pescatori di perle*, del autor de *Carmen*, que no tuvo la suerte «de agradar á los señores»; y anoche han vuelto á aparecer, formando un espectáculo muy agradable, *Crispino e la comare* y *Caravallera rusticana*, obras tan diferentes y aun antitéticas.

La entretiene y deleita con su música alegre y animada; la otra conmueve y aun aterra con sus situaciones dramáticas y terribles.

En la primera arrancaron aplausos y sonrisas la Paccini, Baldelli y Scotti: en la otra, la Tetrázzini y De Lucia alcanzaron un triunfo verídico.

La empresa era arriesgada y difícil, porque el invierno anterior la Bellini y Stagno impresionaron viva y profundamente al auditorio en sus respectivos papeles.

Peró anoche el éxito no estuvo ni sólo momento indeciso: el preludio y la siciliana—que ejecuta el tenor detrás del telón—se repitieron: la Tetrázzini, en su romanza, fué objeto de ruidosas demostraciones de aprobación; y el dió entre la misma y De Lucia produjo transportes de entusiasmo.

La Butti y Scotti secundaron muy bien á sus dos compañeros, y *Caravallera rusticana* quedó de nuevo adoptada por *dilettauti* y aficionados.

Los otros colosios de la capital no han sido muy afortunados con las últimas novedades.

En el Español *El Vado y la puente*, del Sr. Sánchez Pérez, sólo ha obtenido un *suécès d'estime*; y tampoco *La Señá Francisca*, comedia estrenada en Lara, puede ponerse al nivel de otras composiciones de su autor, D. Miguel Echeagaray.

La Valverde le presta el apoyo de su gracia y de su talento, y merced á ella, á Rubio y otros actores, el público ríe y aplaude durante dos horas, sin darse cuenta de lo vulgar y conocido del argumento.

Para la Comedia, merced á la modificación de su compañía, torna á haber espectadores numerosos en todos los tres diferentes turnos.

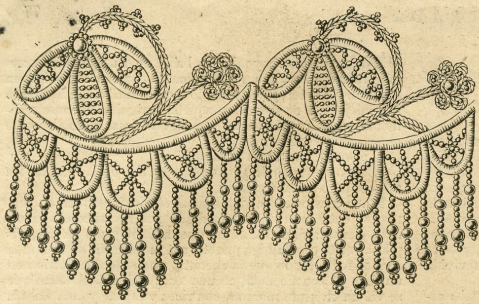
El Sr. Cepillo ha vuelto á presentarse en la escena donde fué tan estimado hace años, con *Felipe Derblay*, arreglo de una obra francesa de gran fama, logrando igual favor é idénticas simpatías que antes.

La Guerrero, los Sres. Thuiller y García Ortega le acompañan dignamente, siendo sensible que al último no se le repartan papeles de mayor importancia donde pueda desplegar sus facultades y su inteligencia.

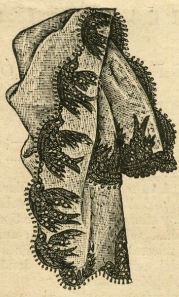
Mario se halla enfermo de algún cuidado, y con ese triste motivo no podrán estrenarse tan pronto algunas producciones en que él debía desempeñar el principal papel.

Desearnos que el excelente actor recobre la salud, y pueda obtener abundantes laureles en nuevas creaciones á la altura de su genio cómico.

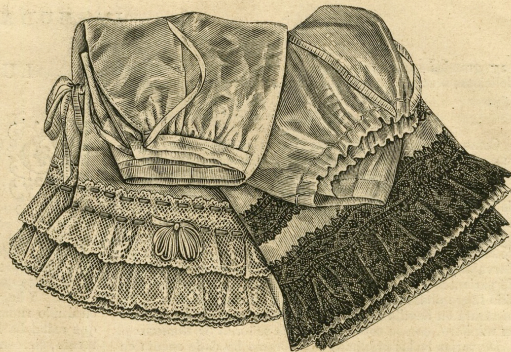
EL MARQUÉS DE VALLE-ÁLEGRE.



10.—Adorno de pasamanería.
Véase el dibujo 18.



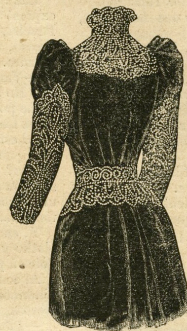
11.—Lazo de muselina de seda.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



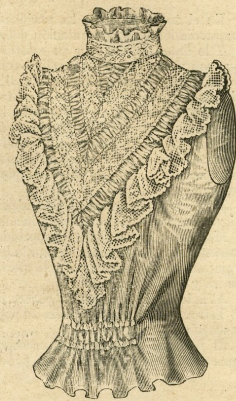
12 y 13.—Enaguas de surah.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



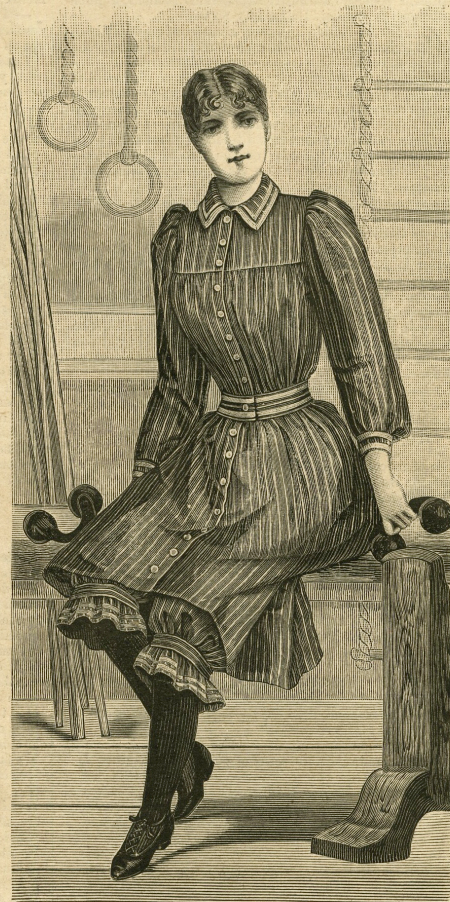
16.—Traje de recepción.



14.—Espalda del corpiño de terciopelo.
Véase el dibujo 24.



15.—Camisón-blusa.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 49 á 57 de la Hoja-Suplemento.



17.—Traje de gimnasia para jóvenes.
Explic. y pat., núm. II, figs. 7 á 14 de la Hoja-Suplemento.



18.—Corpiño con adorno de pasamanería.
VÉASE EL DIBUJO 10.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.



19.—Peto de surah y guipur de Irlanda.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



20.—Traje de baile. Espalda.
VÉASE EL DIBUJO 23.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

21 y 22.—Traje de convite.
Espalda y delantero.
Explic. y pat., núm. VI, figs. 27 á 37 de la Hoja-Suplemento.

23.—Traje de baile. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 30.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

El médico examinó con detenimiento a la huérfana, y la encontró unos ojos muy brillantes, las pupilas dilatadas, los labios pálidos, la piel seca, el pulso algo irregular.

—Esta niña tiene fiebre—diagnosticó el doctor—pero no lesión orgánica. ¡El pícaro sistema nervioso! Observen ustedes que palidece y se ruboriza alternativamente, que su respiración es precipitada, que sus movimientos son lánguidos, pesados, fríos.... y sin embargo, no presenta ningún síntoma de enfermedad determinada.... Es menester observarla, hacerla salir y pasear, distraerla mucho.... ¿Desde cuándo está así?

—Desde el nacimiento de mi hija—contestó al punto Luciano, que no cesaba de mirar a Luz.

El doctor volvió a fijarse en la niña, quien movió la cabeza para huir de su mirada.

—¡Ah, ya!—exclamó después de un minuto de meditación.—Puede retirarse de aquí.

Y cuando Luz salió del aposento, llevada de la mano por Pancha, el médico añadió:

—¡Cuestión de envidia! Esa niña debe de tener un carácter muy celoso.... ¡He visto ejemplos extraordinarios de celos infantiles!.... A su edad se sufre y no se razona, y casi estoy por asegurar que atraviesa una crisis de esa índole.

—Así pienso yo—dijo Luciano.

—Pues yo no—replicó Clara con firme acento.

Y volviéndose hacia la negra Charo, que mecía al bebé, y escuchaba con atención profunda, preguntó:

—¿Di, Charo, ¿eres que Luz tenga envidia de mi hija?

—¡No, señora, no!—respondió la negra.—¡Si daba gloria ver su alegría la tarde en que vino aquí, temblando de gozo, ¡arrodillarse delante del bebé y a besarlo! ¡Qué ha de tener envidia!

—No la tendrá—insistió Luciano—pero ha cambiado mucho: pasa largo tiempo mirando a la niña, y aun algunas veces la besa; mas ya no tiene sus antiguas explosiones de cariño. ¿Me engaña, Charo?

Charo bajó la cabeza, pensando en que Luz, efectivamente, había cambiado, y contestó:

—No importa: juraría que no está celosa. ¡La conozco bien, pobre angelito!

—¿Qué haremos, doctor, en este caso?—preguntó Clara.

—Si se tratase de envidia, de envidia que alterase la salud de la niña, nada mejor que apartarla de aquí temporalmente.... Pero se puede esperar, y la observaremos.... Prescribiré entre tanto algún tónico....

Continuara.

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

PREDESTINACIÓN.

LENDRÍA Luis unos doce años, cuando Asunción apenas había cumplido diez. Ambos habían nacido en la misma aldea y habitaban casas contiguas.

La niña cuidaba un rebaño de ovejas que pastaban cerca del lugar, y donde por mañana y tarde acudía Luis con su manada de vacas que amigablemente compartían la verde hierba con aquellas, mientras que Luis y Asunción se sentaban a charlar. ¿Qué se decían? Nada; ese sinnúmero de tonterías que casi siempre suelen ser la base de todas las conversaciones infantiles, pero que sin embargo tienen gran atractivo para los niños.

Ambos eran aficionados a la música, y pasaban gran parte del tiempo en enseñarse alguna nueva canción, oída el último día de feria en el pueblo inmediato, y a veces aun no aprendida del todo. Estos ensayos musicales solían ser interrumpidos por el gorjeo de los pájaros que, sin previa invitación, tomaban su parte en el concierto, rivalizando en ligereza y sonoridad con nuestros protagonistas.

Asunción y Luis, siempre juntos y siempre contentos, caminaban por aquellas praderas sin rumbo ni norte, y sólo deteniéndose para coger la más hermosa amapola, la margarita más doble, la más bonita malva, que Luis iba echando en el delantal de la niña, y que luego venían a formar una preciosa corona, que Asunción colocaba después majestuosamente en la cabeza de su amigo....

A veces una margarita quedaba entre los dedos de la niña, y después de un buen rato de meditación empezaba ésta a deshojarse, diciendo a cada hoja que arrancaba: «Me quiere; no me quiere....» La respuesta no se hacía esperar, y unas veces afirmativa, otras negativa, era siempre acogida con alegres risotadas por los niños: ellos nunca se enfadaban por eso; eran felices y se reían.

Sin embargo, para ello era preciso que estuviesen juntos. El uno sin el otro estaban tristes y se buscaban sin cesar, vagando por la campiña como almas en pena.

¡Oh! Cuando Asunción no llevaba a pastar sus ovejas, las vacas de Luis estaban peor guardadas, los pájaros cantaban solos, y a veces el mozalbeta hasta lloraba.

Pero al día siguiente, cuando se volvían a encontrar, ¡qué alegría, cuántas impresiones cambiadas, cuánto reproche!

Ambos crecieron, y Asunción ya no llevaba su rebaño a la pradera, ni Luis guardaba las vacas de su padre. Ella cambió su antiguo oficio por el de aprendiz de modista (más bien de costurera, que en aquel pueblo no necesitaban de modistas), y él pasó a un taller de carpintero para aprender a serrar maderas.

Nuestros jóvenes ya no se veían con tanta frecuencia, mas no por eso dejaban de pensar el uno en el otro: hay en el pasado de cada ser humano recuerdos que nada puede borrar, y en el de Luis y Asunción, el de su infancia, transcurrida en las frondosas praderas, era de los más indelebles. Cuando se veían y él la dirigía la palabra, la joven se ruborizaba y sus mejillas se cubrían de carmin.

Los domingos se encontraban en el baile, y Luis no bai-

laba más que con Asunción, y la encontraba muy hermosa, y se le decía.... ¡y a ella le gustaba mucho oírse decir!

Cuando cumplió diez y ocho años llamaba la atención entre las muchachas más guapas del país. Era rubia como el oro; su talle parecía una espiga; sus ojos, azules como el agua de un lago, tenían la mirada de un ángel; su boca era una rosa entreabierta; y en fin, su tipo de belleza era el orgullo del pueblo, y del que se hablaba en diez leguas a la redonda.

Muchos eran sus admiradores. Los más atrevidos llegaron a pedirle en matrimonio. Pero Asunción los rechazaba; lo que hacía que, lejos de disminuir el número de los adoradores, aumentase, pues con la derrota de los unos crecían las esperanzas de los otros.

Ella se acordaba de la época en que guardaba su rebaño, y no cesaba de pensar en Luis.

Un día en que ella salió a pasear por las afueras del lugar se encontró a su antiguo camarada mustio y triste.

—¿Qué tienes, Luis?—preguntó ella.

—¡Ay, Asunción! que mi padre quiere que me case....

La muchacha se puso pálida.

Luis prosiguió:

—Pero es que yo hubiera querido que fuese contigo, ya lo sabes....

—¿Luego te casas con otra?

—¡Claro! Mi padre me lo manda. ¡Dice que tú eres muy pobre!....

—Si es verdad. Soy pobre.... ¿Y con quién te casas?—preguntó la muchacha medio llorando.

—Con mi prima Carmen; ya sabes que cuando muera mi tío hereda ella toda las tierras....

—Bien, que sea en hora buena.... y sé muy feliz—balbuceó la muchacha, a la vez que, volviéndose la espalda al compungido Luis, se alejó lentamente de aquel lugar.

Cuando estuvo a alguna distancia volvió la cabeza, y vio a Luis en el mismo sitio en que le dejó, con la cabeza apoyada entre sus manos. Asunción no pudo reprimir el llanto que ahogaba su garganta.

Hacia poco tiempo que Luis se había casado y salido del pueblo con su mujer, para hacerse cargo de una tienda que su suegro poseía en una de las más importantes ciudades de la provincia.

Asunción había perdido su natural alegría y la frescura de sus colores; ambas cosas habían desaparecido con las ilusiones de su infancia, quedándole sólo recuerdos, cada uno de los cuales era un dolor para la pobre aldeana.

Dos años después, las heridas producidas en el corazón de la niña seguían abiertas; pero el orgullo de mujer supo disimular su dolor y aparecer consolada ante todo el mundo, aunque allá en sus largas noches de insomnio no cesase de llorar su felicidad perdida.

Cierta día, uno de los mozos que ya había declarado su amor a Asunción, y a quien ésta rechazó varias veces, volvió a insistir en su empeño de casarse con ella, siendo esta vez mejor acogido.

De todos los pretendientes de Asunción era éste el menos digno de ella; por nada la importó, y su amor propio quedó satisfecho: ella también se casaría, fuese con quien fuese. Y se casó con el desairado muchacho.

Al poco tiempo de su matrimonio, Asunción vio un día a Luis, que volvía a la aldea vestido de luto, porque acababa de perder a su mujer.

Cuando Asunción le dijo que se había casado, Luis quedó sorprendido y replicó con tono triste:

—¿Por qué te has casado tan pronto? Ahora que podríamos ser felices; ahora que soy libre, rico, y que te quiero más que nunca....

—¡Ofs verdad!—contestó ella, que al verle había olvidado la ofensa recibida.

—¿Luego no me has olvidado?

—No, Luis, no te he olvidado ni un momento.

—Aborrezco a tu marido, Asunción. Seguramente te lo hace feliz, vida mía.

—Mira, Luis—replicó ella—es mi marido, y debo respetarle; haz el favor de no hablar de él así.

—Pero si es un borracho, un jugador....

—Aunque lo sea; ya me he casado con él, y no está bien que hablemos mal de mi marido. ¡Demasiado he hecho con decirte que no te he olvidado!

—¿De verdad? ¿Y si por casualidad quedases viuda, te casarías conmigo, Asunción?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo, y no hablemos más de esto.

—Bien, pues sea. Te esperaré hasta la muerte—dijo Luis con entusiasmo.

—¡Mucho tiempo tienes que esperar!—replicó Asunción riendo;—tiene mucha salud, y es demasiado fuerte para que se pueda pensar en eso.

Y dándose un apretón de manos, se separaron.

Luis fué fiel a su promesa.... por cinco años; al cabo de los cuales, viendo que el marido de Asunción gozaba de una salud excelente, pensó de nuevo en el matrimonio, y al poco tiempo volvía a casarse con una muchacha de un pueblo inmediato.

Pero apenas transcurrieron dos meses, cuando supo que el marido de Asunción había muerto a consecuencia de una noche pasada en la taberna, y durante la cual había festejado demasiado a Bacó.

Al recibir la noticia Luis, se desesperó, y no cesó en todo el día de suspirar por su felicidad perdida, pues siendo joven su mujer, ya no había esperanza alguna de que un día Asunción llegase a ser su esposa.

Pocos días más tarde, Luis recibía la siguiente carta: «Mi marido ha muerto; Dios le ha castigado con lo que más le agradaba en el mundo, el vino y el aguardiente. Dios le tenga en su gloria.

»He sabido tu segundo matrimonio, y esto me tiene triste, pues me ha probado tu inconstancia; pero te perdono. De-

masiado has esperado. ¿Por qué no has esperado dos meses más, Luis?

»Mañana salgo para Madrid, donde me pondré a trabajar en un taller cuya dueña me hace muy buenas proposiciones.

»¡Pobre Luis! Ya no nos volveremos a ver. Por eso no he querido alegrarme de ti sin decirte por última vez adiós; y ya que la mala suerte no ha querido que seamos felices, al menos ten la seguridad de que, si no soy tuya, no seré de otro hombre; ¡Demasiado cara me costó la ligereza que cometi casándome con el difunto!

»Te desea mucha felicidad en tu nuevo matrimonio, y no te olvidará nunca tu pobre—ASUNCIÓN.»

Quince años después Luis tuvo la desgracia de perder a su segunda mujer; tenía ya nuestro hombre cuarenta y tres años, y sus cabellos comenzaban a blanquear.

Aunque no había olvidado a Asunción, no pudo correr a ofrecerle su mano por no haber vuelto a saber de ella.

A fuerza de preguntar a todos los del pueblo por su prometida, pudo adquirir noticias de ella; pero todas tan vagas, que apenas bastaban para poderla encontrar en la corte.

Lenóse de onzas los bolsillos, y emprendió el camino de Madrid, decidido a encontrar a Asunción.... y en efecto, la encontró.... casada, y con cuatro hijos de su segundo marido.

La escena fué terrible. Luis necesitó de toda su energía para no caer desmayado en brazos de su amada.

A cada hijo que había tenido le acompañó la pérdida de dos ó tres dientes y la caída de aquel cabello rubio que tantas veces fué causa de envidias entre las mozas del lugar.

En vano buscó Luis aquel talle flexible y delgado de su Asunción de otro tiempo; aquella voz dulce y melodiosa que tantas veces le había llamado su rey mientras cebra su cabeza con las coronas de flores que aquellas manecitas habían fabricado. El tallo de la espiga se había transformado en inmensa cintrina; la voz angelical parecía más bien de guardia civil que de mujer, y, por último, las manos, que parecían haber sido creadas para distinguida dama, estaban llenas de callos y asperezas sin fin.

No quedaba nada de la encantadora pastorcilla de otro tiempo.

—¡Cuidado que hemos cambiado, Luis!

—Es natural, los años no pasan en balde—replicó éste, un tanto picado en su amor propio, al considerar que ella también le encontraba transformado.

—¿Qué te trae por Madrid?—preguntó Asunción.

—Verte, y.... decirte que ya soy otra vez viudo.... ¿por qué te has casado?

—¿Bien me pesa!

—¿No eres feliz?

—¿Feliz? No me hables de eso. Mi segundo marido es menos aficionado al vino que el primero; pero me trata aún peor. El otro sólo me maltrataba cuando venía borracho, y éste.... me pega a todas horas. ¡Cuántas veces me acuerdo de ti! ¡Tan felices como hubiéramos sido casándonos! ¡Oh!

¡No sabes bien cuánto me pesa no haber cumplido mi palabra de no volverme a casar sino contigo!

—Luego ¿aún me quieres? ¿No me habías olvidado?

—No, Luis, no.

Y siguieron hablando largo rato, dedicando no poco tiempo a recordar sus mocedades y a pasar una detenida revista a sus vidas pasadas.

Luis volvió a su aldea, decidido a morir en el país que le había visto nacer, y en medio de tantos y tan gratos recuerdos.

Una primavera en la que Luis cumplía ochenta años precisamente, le dió la humorada de llenarse de billetes de Banco y algunas onzas los bolsillos, y tomar el camino de Madrid, con objeto de asistir a la romería de San Isidro.

Después de estar algunos días en la corte, recordó que en ella vivía Asunción, y decidió hacerla una visita.

¡Oh sorpresa! ¡Se había quedado viuda! Sus hijos habían muerto, y se hallaba completamente en la miseria. A pesar de su edad, tenía que trabajar para comer.

Cuando vino a Luis, estuvo a punto de desmayarse. Durante un cuarto de hora largo, ambos estuvieron llorando como niños.

—¿Conque te has acordado aún de mí?—preguntó ella trémula de gozo.

—Ya lo ves.

—¡Oh! ¡Qué bueno eres!

—Estoy decidido a que nos casemos.

—¿De verdad?

—Mira—dijo Luis, sacando la cartera del bolsillo.—Aquí están todos los papeles necesarios, y además tres mil duros en billetes, amén de unas onzas en oro que tengo en el bolsillo.

Los ojos de Asunción se animaron, lanzando brillantes rayos a través de los cristales de sus antiparras.

—¿Y ese dinero será para mí?—preguntó.

—Sí.

—¿Me dotarás cuando nos casemos?

—No, te lo entregaré al día siguiente, para que lo manejes como más te plazca.

—Yo preferiría—dijo ella—que me lo dieras como dote; pero, en fin, haz lo que quieras.

Quince días después, Asunción y Luis se casaban en la parroquia de San Cayetano.

Al día siguiente del matrimonio, Asunción pidió a Luis los tres mil duros que la había ofrecido.

Este, sin duda, había cambiado de idea en el tiempo que transcurrió, toda vez que rehusó desprenderse de su dinero, lo que disgustó grandemente a su mujer, que vivió en ello una prueba de desconfianza.

Con este motivo se cruzaron algunas palabras un tanto fuertes entre ambos.

—Me has engañado—decía ella.

—Tú eres la que me has engañado a mí.

—¡Y yo que creía que me querías!

— ¡Y yo que creía lo mismo, y ahora resulta que es por el dinero!

Y así, subiendo de tono la conversación, y pasando de las palabras duras á los insultos, olvidaron los tiempos felices en que apacantaban sus rebaños y ella teja con sus rosados dedos las coronas que luego habían de ceñir las sienas del pastorcillo; Asunción se dejó llevar de su carácter, y con sus en otro tiempo rosadas uñas arañó horriblemente la cara de Luis, que, en defensa propia, rompió una silla en la cabeza de su esposa, ocasionándole una profunda herida.

Mediaron los vecinos, y no faltó quien avisase á la policía, que condujo á los dos esposos ante el juez de guardia.

Un mes después, los tribunales pronunciaron la sentencia, condenándolos á pagar una fuerte multa, y á vivir en lo sucesivo separados.

INÉS B.

LA ESCAROLA.

(CUENTO.)



en pie delante del director del teatro, envuelta en rico abrigo de pieles, surgiendo de magnífico boa de finas plumas su rubia cabeza, gentil y casi alegre, decía la hermosa dama:

— ¿Que cómo me llamo? Pues nada importa mi nombre para el objeto de mi visita....

— ¿Quiere usted escucharme, caballero?

Y el director, hundiéndose en su poltrona, cruzando las piernas, y dándose más importancia que un sultán de Turquía, respondió:

— Escucho, señora.

Ella dijo rápidamente:

— Quisiera cantar en la zarzuela *Floralia* que actualmente se representa en el teatro de usted....

El director se levantó de un salto, y dijo con acento de estupor:

— Si lleva ya doce representaciones! ¿Para qué quiero otra cantante?

La señora, haciendo un mohín de impaciencia, replicó lentamente:

— Déjeme usted hablar, caballero!.... Sólo deseo cantar una noche....

— Pero....

— Déjeme usted acabar!.... Cantaré una sola noche la parte de *Escarola*.... ¿No es la parte de *Escarola*, según creo, la que canta una corista llamada Petra?

— Justamente.

— Pues esa parte es la que quiero cantar.... Y como todo favor que se me haga tiene derecho á mi agradecimiento, lejos de pedir á usted un sueldo, le ofrezco mil pesetas por cedérmela esa parte una sola noche.

— Señora, señora....

— ¿Consiente usted?

Y así preguntando, con insinuante sonrisa y picaresca mirada, metió su enguantada mano en el manguito, sacó una preciosa carterita de piel de Rusia, y tomó con dos dedos un billete de cuatro mil reales que presentó graciosamente al director.

Este, aunque sorprendido por la extraña petición de la señora, miró con respeto y á la vez con enternecimiento al papelito del Banco de España, y jurando que jamás consentiría en un tráfico semejante si no se tratase de complacer á una dama tan distinguida, consintió.

— Pero.... murmuraba todavía el buen hombre.

— Hay un *perdón*....

— ¡Muy natural, señora!—añadió aquél, cerrándose la boca entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

— ¡Pierda usted cuidado!—contestó la dama con amable sonrisa, comprendiendo la expresiva mímica del director.— Esto quedará entre nosotros....

— Eso es lo que deseo.... ¡Punto en boca!

Y cogió el billete de mil pesetas, añadiendo:

— Pues trato hecho.

La dama saludó con gracioso movimiento de su linda cabeceita rubia, y al punto salió de la estancia.

En la noche del siguiente día se ejecutaba la décimo-cuarta representación de la zarzuela *Floralia* en el favorecido teatro de.... ¡en un teatro de esta corte!

La orquesta inició el preludio del segundo acto, un motivo alegre y chispeante que dominaba el rumor de las conversaciones del público; y el conde Arturo dirigióse hacia su butaca de primera fila, sentóse, y esperó á que el telón se alzara lentamente para asestar los gemelos á la bella Petra, la corista que desempeñaba el papel de *Escarola*.

— ¿Quién era el conde Arturo? Un joven que tenía en casa la felicidad, simbolizaba en su propia mujer, tan virtuosa como bella, y que estaba á punto de perderla para siempre, arrastrándose á los pies de una corista; porque después de la luna de miel surgieron en sus deseos algunas aficiones á su antigua vida de soltero, y al frente de ellas, una inclinación decidida á las aventuras de teatro, á galanteos entre bastidores.

El director de orquesta dió un seco golpe, con su batuta, sobre el *leggio*, tiró del cordón de la campanilla de aviso, alzóse la cortina, y el escenarío apareció invadido por una docena de coristas, que representaban hortalizas y legumbres.

— ¡Yo soy la lechuga!—cantaba una deliciosa rubia.

— ¡Pues yo el pimiento!—respondía una linda morena.

— ¡Y yo la coliflor!—añadía otra muchacha.

Y entonces avanzó rápidamente hacia las candelijas una esbelta mujer, que vestía precioso traje de fantasía hortícola, y cantó con voz extensa y armoniosa esta picaresca copla:

«Y aquí está la Escarola
Cogida ayer mañana;
Soy verde y amarilla,
Y alguna vez.... ¡jamargal!»

El Conde se quedó estupefacto y abrió mucho los ojos: aquella Escarola no era la corista Petra, no, sino su mujer, su propia mujer.

Al principio creyó en una parodia, hecha con habilidad y gran semejanza por la artista; mas pronto no tuvo dudas: aquella Escarola era la Condesa....

Y ¡qué hermosísima estaba con su caprichoso traje, su rubia cabellera retorcida en largos tirabuzones, sus rojos labios diminutos, su frente nacarada, sus mejillas de color de rosa! ¡qué hermosísima estaba!

La nueva artista levantó en el teatro una tempestad de aplausos, y cuando lanzaba el *ritornello* de la canción, provocando con graciosos ademanes y sonoros ecos el entusiasmo del público, el Conde la admiraba más que todos los espectadores, y establecía en su mente una comparación exacta entre la mujer desdenada y la amante pretendida, entre la Condesa y Petra, y se decía:

— ¡Valiente estúpido soy!

La Condesa, al salir del teatro, encontró al Conde, que la esperaba en el atrio: él tenía aspecto de mucha seriedad, y ella le saludó con una carcajada.

— ¿Usted aquí?—le dijo con insinuante burla.

Y el Conde, comprendiendo que no era correcto llevar las cosas, en aquel instante, por lo trágico, se limitó á contestar con esta maliciosa pregunta:

— ¿Pretende usted, señora, sentar plaza de *directe* de zarzuela?

— No, señor—respondió graciosamente ella:—he hecho un sencillito experimento.... Cuando un marido está resuelto á engañar á su mujer, ésta sólo tiene delante dos caminos: el del llanto, que á nada bueno conduce, y el de la risa, que puede servir de algo, si quiera sea, en la ocasión presente, para compararse con su rival y vencer en la comparación.

— ¿Ese es el experimento?

— ¡Justamente! Y el éxito ha sido ventajoso para mí. ¿Cuándo la corista Petra ha logrado un triunfo como el mío? ¡Hasta los más frios espectadores me han aplaudido con entusiasmo!.... Y eso que la parte de Escarola.... sólo es importante para ella....

— ¿Qué quiere usted decir?

— Pues bien claro aparece! Si esa corista valiese más que yo, crea usted que la Condesa, sin excusar la infidelidad del Conde, la habría comprendido.... Pero ocurre todo lo contrario: vuestra corista, caballero, es.... Petra.... ha sido derrotada por mí como artista y como.... mujer. ¿Se atreverá usted á compararme con ella, sin confirmar en absoluto su derrota?

Y como el Conde quedaba silencioso, tal vez murmurando que su mujer decía la verdad, prosiguió la Condesa con voz grave:

— ¡Me ha humillado usted demasiado, anhelandos preferir á esa mujer. ¡Mañana mismo entablaré demanda de divorcio!

Y salió del vestíbulo del teatro, diciéndole secamente:

— ¡Adiós!

El Conde no la contestó, y siguióla con presuroso paso. ¡Qué deliciosamente seductora estaba la Condesa, envuelta en su elegante abrigo de pieles, con el rostro medio oculto entre las plumas del *boa*, y los rizados bucles de sus cabellos formando un marco de oro bruniado alrededor de su rostro.

— Mi carruaje está aquí—la dijo el Conde, que se acercó á ella en la acera.—¿Me permite usted que la acompañe á casa?

— ¡Jamás Arturo había encontrado tan seductora á su mujer!

— ¡Sea!—le respondió la Condesa.

Y subiendo de un salto al carruaje, raelinóse en un ángulo y quedó inmóvil y silenciosa.

¡Qué horribles pensamientos asaltaban al Conde, ante la indiferencia de su mujer! ¡Si hubiese tenido al alcance de sus manos á la corista Petra, la habría estrangulado! ¿Por qué había pensado ni un momento en desdenar la felicidad que tenía en casa? ¿Cuántos habrían deseado ardentemente aquella felicidad, aquella mujer que era suya, que estaba sentada á su lado en el coche, que exhalaba un embriagador perfume de belleza, de amor, de dicha!

Aproximóse á la Condesa, que fingía dormir, y tosió; pero ella no hizo ningún movimiento.

Volvió á toser Arturo, y nada.

Aceróse más todavía el atrevido Conde, é intentó cogerla una mano.

— ¡No lo consiento!—exclamó la Condesa.

— ¡Bah!—respondió Arturo sonriendo.

Y aunque ella aparentaba resistir, escondiendo las manos entre las pieles del abrigo, el Conde halló modo de tomarle una, y llevársela á los labios.

— ¡No, no!—gritó la Condesa.— ¡No te amo ya!

— ¡Pues yo te amo!—contestó el Conde.

— ¡Qué inconstante eres, Arturo! ¿Me das ya todo tu amor?

— ¡Todo, mujercita mía!

— ¡Bueno!—respondió ella, fijando una mirada brillante en su esposo.— ¿Luego he triunfado con mi estratagema?

— ¡Victoria completa! ¡Lo juro! Una sencilla comparación te ha dado el triunfo.

Llegaron entonces á su casa, y la Condesa, mientras arrojaba sobre un sofá el sombrero y los guantes, dijo á su marido:

— Convéncete de que una mujer amante, si no se inspira en la soberbia, sabe atraer al redil la oveja descarriada.... Pero ten presente que mi dote no bastaría para ganar muchas victorias como la de esta noche....

— ¿Por qué?

— Porque la parte de Escarola me ha costado mil pesetas.

EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ILUMINADO.

Núm. 7.

Corresponde á las Señoras Suscriptoras á la 1.ª y 2.ª edición.

TRAJES DE CALLE.



(Croquis del figurín iluminado, visto de espalda.)

1. *Traje de lana beige con rayas brochadas en seda y paño liso beige.*—Falda de lana con rayas al bies, forrada de siciliana verde, con un vivo de terciopelo en todo alrededor del borde. Cuerpo de paño beige que se prolonga con cuatro caídas, dos delante y dos por detrás, adornadas al borde con motivos bordados sobre la tela, y un ancho fleco de seda mezclada con perlas beige. Los delanteros del cuerpo forman un chaleco con solapas, abierto sobre un plastrón de cnello recto, que lleva un vivo de terciopelo verde. Dicho plastrón está adornado con un motivo de bordado igual que el chaleco, y éste va además guarnecido de flecos. El cuerpo no lleva más que una pinza, y desde ella parte la caída de cada uno de los delanteros. Manga drapada hasta el codo, con un motivo de bordado al borde. En la espalda largo Watteau de cinta de faya y raso.—Sombrero de terciopelo verde con lazo de terciopelo, plumas y *esprit* colocado delante.
2. *Traje de bengalina y terciopelo negro adornado con bordados.*—Traje Princesa adornado al borde con un bies de terciopelo, y sobre él un ancho bordado en selas que puede reemplazarse con pasamanería. El delantero es completamente liso, abrochado á un lazo y escotado en pico sobre un canesú bordado. Los delanteros de terciopelo nacen de las costuras de los costados; así es que el aspecto de este traje por detrás es igual que por delante, es decir, que lo mismo la espalda que el delantero son de bengalina, cortados por una especie de cascaca con grandes faldones de terciopelo. Manga lincea, drapada en la sangría del brazo, sobre un ancho puño de bordado.—Capotita Anamita de azabache, adornada con lazos de raso amarillo mezclados con plumas negras.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Exclusivamente serán contestadas en este sitio las consultas que, sobre asuntos propios de las secciones del periódico, se sirvan dirigirnos las Señoras Suscriptoras á las ediciones de lujo, demostrando esta circunstancia con el envío de una faja del mismo periódico, ó por cualquier otro medio.

Las consultas que se nos dirijan en *carta anónima*, ó que vengan firmadas por personas que no demuestren debidamente ser suscriptoras, no serán contestadas.

Á UNA PROVINCIANA.—Debe poner el despacho de terciopelo verde hoja seca, y robe ó nogal encañado.

Sobre la chimenea, un espejo de la misma madera, y reloj y candelabros ó lámparas severos.

Si puede usted poner en los rincones columnas, pero no con macetas, sino con grupos de bronce, figuras artísticas, etc.

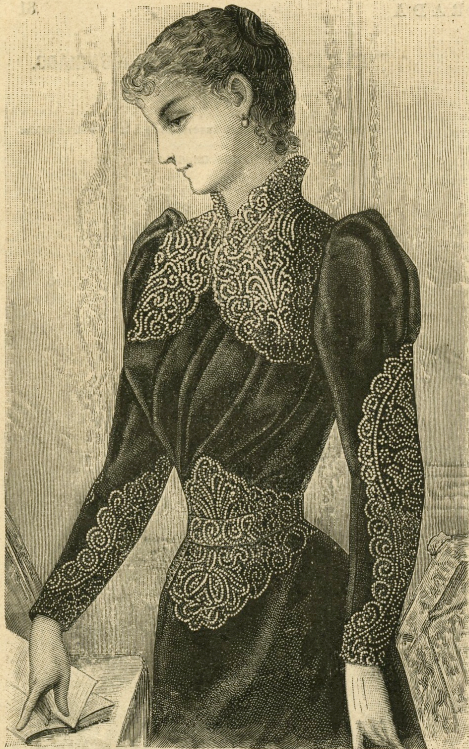
No puedo garantizarla ninguna crema para lo que desea, pues creo firmemente que casi todas perjudican el cutis.

Á D.ª ISABEL D. DE M.—He oído hablar muy bien de los resultados que da el específico llamado *Secreto chino*.

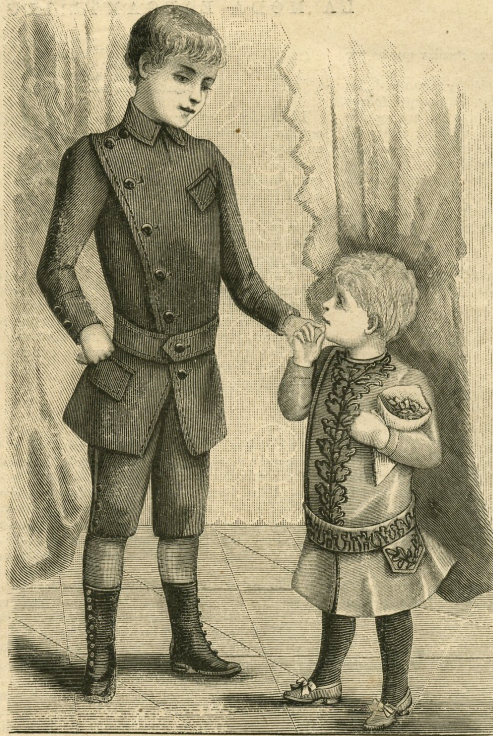
Á UNA PROVINCIANA.—Puesto que á esa señorita le está bien el peinado bajo, puede elegir el de la fig. 10 de la *Revista Parisiense* de nuestro número del 30 de Diciembre, que es de moda, como el peinado griego.

Á UNA SEVILLANA.—A las cortinas que indica debe po-

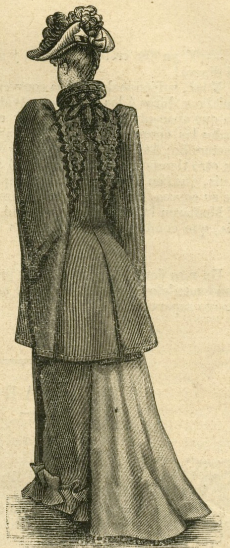
LUCIANO DE BURGOS.



24.—Corpiño de terciopelo con adorno de pasamanerí.
VÉASE EL DIBUJO 14.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.



25.—Traje para niños de 8 á 10 años.
Explic. y pat., núm. III, fgs. 15 á 21 de la
Hoja-Suplemento.



32.—Espalda de la esclavina
del abrigo de viaje.
Véase el dibujo 28.

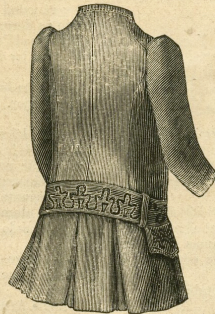


30 y 31.—Espalda y delantero
del abrigo de viaje sin la esclavina.
Véase el dibujo 28.

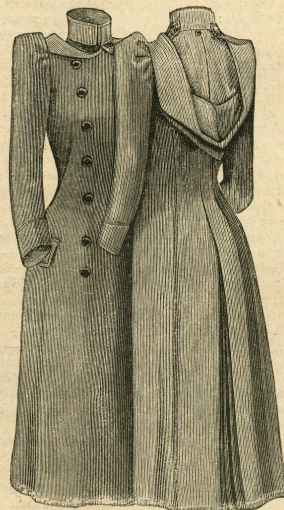


28.—Abrigo de viaje con esclavina.
VÉANSE LOS DIBUJOS 30 á 32.
Explic. y pat., núm. I, fgs. 7 á 6 de la Hoja-Suplemento.

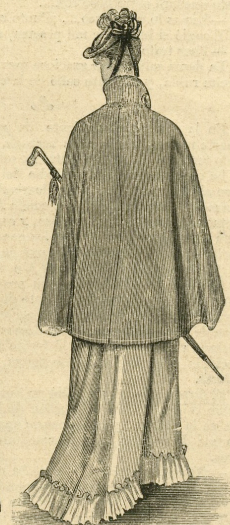
29.—Abrigo de lluvia con esclavina y capucha.
VÉANSE LOS DIBUJOS 33 á 35.
Explic. y pat., núm. VIII, fgs. 38 á 48 de la Hoja-Suplemento.



27.—Espalda del vestido
para niños de 2 á 3 años.
Véase el dibujo 26.



33 y 34.—Delantero y espalda
del abrigo de lluvia,
sin la esclavina y sin la capucha.
Véase el dibujo 29.



35.—Espalda de la esclavina
del abrigo de lluvia.
Véase el dibujo 29.

nerles un flequito estrecho, de lana, de los colores de la tela, bien sea formando madroños, ó bien una hilera de borlitas pequeñas, pues sin nada no estarían bien.

Lo más sencillo y elegante, en guardamalletas, son tres pabellones que se prenden sobre la galería, con una cinta estrecha de la misma tela por cada uno de los lados, formando ziszás.

Á HORTENSIA.—Es muy bonito el raso que ha elegido para la combinación de la colcha, y debe borrarlo en seda blanca ó rosa, pues este color hace delicioso sobre el malva. Si quiere un color más obscuro, puede elegir también ciruela.

En nuestro número 26 del pasado año (en la Hoja-Suplemento) hemos publicado una cenefa muy á propósito, señalada con el n.º 1; por ella puede guiarse para el bordado.

El mármol blanco se limpia con una masa de cloruro de cal que se extiende sobre la piedra, frotando mucho, y después de dos horas se aclara.

Á SALLY.—Desde luego debe decidirse por el tul, pues las otras telas que indica son muy pesadas para una jovenita. Cuanto á la hechura, la aconsejo que elija el modelo 28 de nuestro número del 14 de Diciembre, adornándole con cintas de raso azul pálido, como el tul, y ramitos de muguet, ó lilas blancas, ó jacintho rosa.

Cuanto al peinado encuentro también que lo más sencillo es lo más elegante: así, debe peinarse como la fig. 2 de la Revista Parisiense de nuestro número del 30 de Diciembre, poniéndose por único adorno una cinta azul, en la forma que indica el figurín, ó un ramito de flores como las del vestido.

Á MARÍA LEISA.—Las chaquetas de abrigo se siguen llevando largas, adornadas con piel ó bordados negros y oro, con grandes botones y anchos bolsillos formando vueltas.

Para traje de baile, de señora joven, el terciopelo sigue siendo la tela preferida: esmeralda, maíz, verde almendra, rubí, berengena, dalia y malva, hacen un efecto maravilloso.

Los guantes siguen llevándose de color claro, y los de color blanco escayola, de piel de Suecia, son la gran boga de este invierno con cualquier toilette. También se llevan los gris perla y blancos de cabritilla, y los de color Suecia claro.

Á UNA IMPORTUNA.—Para ir de blanco no es indispensable que el casamiento sea en casa, pues bien puede ser en la iglesia yendo en carruaje.

El peinado á la griega no es á propósito para el velo blanco, pues tiene que ser alto; puede elegir entre los que hemos publicado en la Revista Parisiense del 30 de Diciembre último, porque todos ellos son igualmente de moda.

El velo blanco se prende por el centro del mismo velo en el centro de la cabeza, mitad delante y mitad detrás, y la mayor parte del tiempo se lleva echado por la cara.

Para el traje de viaje puede guiarse por la fig. 6 de la Revista Parisiense de nuestro número del 30 de Enero, y debe hacerle de pañete gris (pues en el tren hace siempre frío), con solapas y chaleco de siciliana gris.

El cubrepelo debe hacérselo también de abrigo, y su hechura como el grabado 18 del número antes indicado.

Sombrero amazona de fieltro gris con alas blancas, aunque también puede llevar, si lo prefiere, la gorrita de nutria. Generalmente se sigue con el traje blanco para el refresco ó almuerzo.

Los novios se ponen en el centro de la mesa, cada uno á la derecha de los dueños de la casa ó personas más importantes; siguen los padrinos, personas de respeto, etc., etc.

Es más de vestir la bata que el *matinée*. Puede hacerse una muy elegante, de faya, color malva, con delantero de crepón de la China del mismo color, y vueltas y lazos de terciopelo rosa ó ciruela.

Si, siguen usándose los almohadones; pero debe hacer de malla los dos, pues no está bien uno de malla y otro de *croché*.

Á UNA AFICIONADA.—Le explicaré como desea la manera de poner los *pies de cerdo*.

Se parten por la mitad á lo largo, y se atan con hilo fuerte para que no se deshagan al cocer; se ponen en una cacerola con tomillo, laurel, zanahorias, cebolla, clavo, perejil y vino blanco; se deja cocer todo durante veinticuatro horas, y luego, cuando están fríos, se pasan, primero, en manteca derretida, y después, por miga de pan mezclada con sal y pimienta; se ponen en la parrilla á fuego lento, y cuando están dorados se sirven.

Á LA FLOR DE LOS ALPES.—Haga el favor de leer mi contestación Á Margarita en nuestro número del 30 de Enero, donde doy una receta para blanquear y suavizar las manos.

Para dar brillo al cabello use la brillantina, ó una pomada de buen fabricante, pues esto no perjudica al cabello. Para d'afrazarse puede ponerse polvos rubios.

Dé usted á esa niña en el pelo, al peinara, vino blanco en el que se haya cocido un puñado de trigo y otro de romero, pues esto da fuerza al cabello y lo hace brotar.

Para el disfraz que indica, un rodete bajo.

Á D.ª C. C.—Voy á darle, según desea, la receta para hacer *huevos nudes*.

Se hace un almibar con una libra de azúcar en cuartillo y medio de agua, y se mojan en él unos cuantos bizcochos lo suficiente para cubrir el fondo de una fuente. Se baten mucho en un perol, y hasta que estén duras, dos docenas de yemas de huevo, y entonces se les va mezclando poco á poco el almibar ya frío, sin dejar de batirlas. Se pone todo á fuego lento, sin dejar de moverlo con un molinillo, y cuando va á empezar á hervir se aparta, y pues si hiervén se cortan.

Si no estuvieran bastante espesos los huevos, se puede volver á ponerlos al fuego, después que están un poco fríos, para que espesen más, pero retirándolos antes de hervir.

Se vierten después sobre los bizcochos, y se dejan enfriar antes de servirlos.

Á UNA COCINERA DE AFICIÓN.—Los rollos de ternera se hacen así:

Córtanse unos filetes de ternera anchos, y en cada uno se pone un pedacillo de carne de cerdo, *champignons* y trufas cortadas en pedacitos; se lia y ata el filete sólidamente, y se pone á dorar en manteca; cuando está dorado, se añade caldo ó extracto de Liebig (disuelto en agua), sal y pimienta, y se deja cocer en el horno, hasta que esté tierno. Se sirve cortado en lonchas y adornado con una guarnición de *champignons* y corazones de alcachofas.

ADELA P.

Los **Salicilatos de bismuto y cerio**, de Vivas Pérez, fueron recomendados por la Academia de Medicina de Granada y adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, por curar como ninguna otra medicación toda clase de vómitos y diarreas.

INFORMACIÓN PARISIENSE.

Si queréis tener, oh amables lectoras, un cutis de lirio, y permanecer jóvenes y frescas toda vuestra vida, usad diariamente la *Velutina Fay*, el maravilloso polvo que emplean las damas elegantes: para las morenas de cutis mate, el polvo *Ucheli*, y para las rubias, el polvo rosa ó blanco.

Hace muchos años que es universal la fama de la casa *Fay*; su éxito va siempre en aumento, y á todas las partes del mundo se expiden diariamente miles de cajas de *Velutina* y de *sachets*; porque estos *sachets*, preparados á la *Velutina*, son absolutamente maravillosos: basta con tener dos ó tres en un armario, para perfumar todo lo que en éste se guarde. Así, las señoras elegantes deben llevar uno cosido en el forro de su corpiño, y tendrán con ellas un aroma delicioso, dulce, discreto, y al mismo tiempo exquisito, mejor que cualquier extracto que se evapora en contacto del aire. — (9, rue de la Paix, en París.)

Á UNA AMIGA.

Me preguntáis, querida amiga: «¿Cuál es el más delicado perfume para el pañuelo?»—Y os contesto que no conozco ninguno más suave, más penetrante, más distinguido que el del *Cinco-entra* (de metallica de oro ó de plata); si usáis en vuestro tocador ese maravilloso jabón, vuestras manos, vuestra ropa y vuestra misma persona exhalarán un perfume delicioso.

Los productos fabricados por el célebre jabonero *Victor Vaisier* se venden en todos los comercios.

Exposición Universal de 1878: Medalla de oro. Cruz de la Legión de Honor. EL AGUA DIVINA de E. COUDRAY, perfumista en París, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. También es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo.

ALIMENTO DE LOS NIÑOS.—Para robustecer á los niños, las mujeres y personas débiles del pecho, del estómago, ó que padecen de clorosis ó de anemia, el mejor y más barato alimento es el **RACAIOUT de los ARABES de Delaunoy**, de París. Depósitos en las farmacias del mundo entero.

ASMA, CATARRO CARADOS, CIGARRILLOS ESPIC (Caja 2 fr.), por los **Ó el POLVO**

Pureza del cutis. **CANDÉS**, 16, boulevard Saint-Denis, París. (Véanse los anuncios.)

EAU d'HOUBIGANT muy apreciada para el tocador y para los baños. **Houbigant**, perfumista, París, 19, Faubourg St. Honoré.

VINO de BUGEAUD TONI-NUTRITIVO con QUINA y CACAO el mejor y más agradable de los tónicos en la Anemia, todas las Afecciones debilitantes y las Convalecencias. Principales Farmacias.

Perfumería Ninon, Ve LECONTE ET C^{ie}, 31, rue du Quatre Septembre. (Véanse los anuncios.)

Perfumería exótica SENEZ, 35, rue du Quatre Septembre, París. (Véanse los anuncios.)

SOLUCIÓN AL JEROGLÍFICO DEL N.º 2.

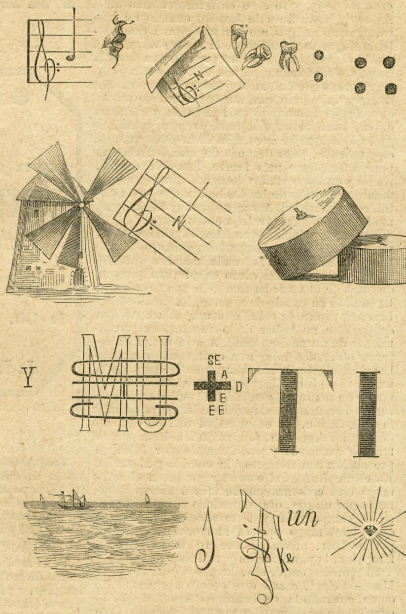
Bien parece la medida en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede.

(Don Quijote, tomo I)

La han presentado las Sras. y Srtas. D.ª Avilina Mora.—D.ª Dolores López Suavedra.—D.ª María Nuñez de Almonte.—D.ª Amelia Belvedere y Alonso.—D.ª Gabriela Onslow.—D.ª Inés Bustamante.—Doña Dolores Barillo y Garzón.—D.ª Petra Yagüe. También han presentado la solución al jerooglífico del n.º 42, del año anterior, las Sras. y Srtas. D.ª Matilde Ortega y Ros.—D.ª Zola Elena Senior (Colombia).

Igualmente ha presentado la solución al jerooglífico del n.º 46, del año anterior, la Sra. D.ª Anita Raquel García Senior.

JEROGLÍFICO.



LA SOLUCIÓN EN U.C. DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

EL Dr. CHERVIN

director del Instituto de Tartamudos de París, empezará en Madrid, Hotel de Rusia, el 4 de Abril su curso anual para la corrección en veinte días de la **TARTAMUDEZ**. Para seguir dicho curso es de rigor presentarse la víspera de su apertura; los retrasados serán aplazados para el curso de 1893.

JULIA DE ZUGASTI. LAS DOS PALABRAS

FABRICA DE CORSÉS HIJAS DE JULIA A. DE ZUGASTI CONSETERAS DE LA REAL CASA y premiadas en varias Exposiciones

Inventado hace años el *Corsé-faja de Salud*, que ha dado tan buenos resultados, pueden hoy ofrecer los de otros sistemas más modernos, para disminuir el volumen del cuerpo y tener más agilidad. Corsés para contrahechas, variedad en fajas y corsés para novia. Se remiten á provincias y al extranjero.

NINON DE LENCLOS

Refase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su ganada delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierta por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Gaitas*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la *Perfumería Ninon (Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de *Veritable Eau de Ninon* y de *Duvel de Ninon*, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumería Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes. Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. 1.ª; Aguirre y Molino, perfumaría Oriental, Preciados, 1; perfumaría de Urquiolu, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumaría Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos, y Vicente Ferrer.



ACEITE DE HOGG de HIGADO FRESCO de BACALAO NATURAL Y MEDICINAL

EL MEJOR que existe puesto que ha obtenido la **MAS ALTA RECOMPENSA** en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889. Recetado desde 40 años por los primeros médicos del mundo entero, á las **Personas débiles y Niños raquíticos**, contra las **Enfermedades del Pecho, Tos, Humores, Erupciones del cutis**, etc. Es **muy poco activo** que las **Emulsiones**, las cuales contienen mitad de agua. Exijir sobre el envoltorio el sello de la Union de los Fabricantes. SOLO PROPIETARIO: **HOGG**, 2, Rue de Castiglione, PARIS, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Dentífricos de Rigaud y C^{ia} PERFUMISTAS EN PARIS



La generalidad de los polvos dentífricos rayan el esmalte de la dentadura y la sociedad elegante parisiense no emplea hoy más que los dos productos siguientes: 1.º La **CREMA DENTÍFRICA de RIGAUD**, inmediatamente por el agua, forma un mucílago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándole la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la caries. 2.º La **DENTORINA RIGAUD**, elixir que se emplea al mismo tiempo que la **Crema** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, disipa la irritación de las paredes bucales en los fumadores, activa la circulación sanguínea en las encías y les da el color sonrosado natural á la salud, previniendo la caries. Es un calmante excelente en los dolores de muelas más violentos. Madrid: Romero Vicente. Barcelona: Conde Puerto y C^{ia}.

